

Sr. Constantin MITSOTAKIS (Primer Ministro, Grecia) (interpretación del francés): Señor Presidente, en esta sala tan maravillosa, que acoge una de las reuniones más destacadas de nuestro siglo, es la historia quien ha tomado lugar junto a los participantes.

En esta sala Europa hace historia y la historia a su vez hace Europa.

Esta Europa que ha atravesado dos desastres dejando en sus llanuras y montes tantos jóvenes y tantas esperanzas muertas, que conoció el dolor de una confrontación fría y al mismo tiempo sin razón, es esta nueva Europa la que hoy día conoce el calor del entendimiento y de la voluntad común.

Señoras y Señores, tras este fascinante renacimiento intelectual y artístico que alrededor del siglo XVI dejó al mundo y a la humanidad tantos milagros y maravillas, nuestra Europa actualmente está convirtiendo su renacimiento político en realidad.

De hecho, todos somos creadores y participantes en un cambio prodigioso de la corriente política mundial.

También, en el pasado hubo reuniones que calificamos como prestigiosas. Pero la mayoría de ellas diferían de nuestra reunión en un punto. Aquéllas reunían a vencidos y vencedores. Y aquí hay sólo vencedores.

Ahora todos creemos en los ideales humanos.

Sustituimos a los imperios de los Estados por el imperio del individuo, de sus derechos y de sus libertades.

Nuestras acciones, nuestras decisiones, nuestras aspiraciones están inspiradas en las enormes nociones de democracia y de libertad.

Condenamos en la práctica la brutalidad de la invasión, de lo arbitrario, de la violación de los derechos de las naciones, de las maquinaciones contra la integridad e independencia, tengan lugar donde lo tengan y estén donde estén.

Sr. Mitsotakis

Respetamos, con un espíritu de reciprocidad a nuestros vecinos, pero al mismo tiempo llevamos a cabo nuestros derechos nacionales y seguimos adelante hacia nuestro objetivo que es la garantía de estos derechos nacionales y exigimos que estos derechos los respeten todos.

Renunciamos a la violencia, pero no renunciamos en cambio al honor y al derecho de defendernos.

En nuestro ambiente político, las fronteras nacionales constituyen unas delimitaciones inviolables y no son en cambio líneas de confrontación.

No aspiramos sencillamente a tener una nueva Europa. Está aquí ante nuestros ojos.

Esta nueva luz hoy día la tenemos en una ciudad que muy justamente se llama, "la ciudad luz", en esta metrópolis francesa tan magnífica que nos ha acogido con la perfección que es característica de esta ciudad.

Señor Presidente, veintidos de nuestros países han elaborado un texto de importancia capital y una declaración que equivale a un apretón de manos internacional.

El Tratado sobre la reducción de las armas convencionales surgió y nació en París.

Pero es sólo un punto de partida, a éste seguirán mejoras convencionales, aportaciones, ampliaciones, globalizaciones y perfeccionamientos.

Naturalmente, a condición de que la aplicación del Tratado del 19 de noviembre se lleve a cabo de forma consecuente, con buena voluntad y buena fe.

Que aumente además los sentimientos de seguridad real de todos los Estados miembros, pero también de aquellos que aún no son parte. De una seguridad que no va a ser sólo colectiva sino también nacional.

Los esfuerzos que han dado lugar a este texto no quedarían justificados si el Tratado no pudiera realizar este objetivo fundamental.

Esto depende, naturalmente, de los 22 de entre nosotros, y de forma más particular de la forma en que el Tratado será dirigido y aplicado, ahora cuando se está iniciando la fase su aplicación.

Por nuestra parte, Grecia quiere contribuir con toda su buena fe y honestidad, insistiendo en la defensa de sus intereses nacionales dentro del marco del Tratado.

Al igual que quiere cumplir íntegramente su deber, es decir honrar el nuevo conjunto de medidas importantes de seguridad y de confianza que hoy día han ido a añadirse a la realidad europea.

Porque el optimismo, las buenas intenciones, la euforia frente al éxito, no deben hacer surgir sentimientos de complacencia. Deben, en cambio, incitarnos a intensificar nuestros esfuerzos, especialmente en un momento en el que todos sabemos que en nuestra época las visiones pueden convertirse en realidades.

Señoras y Señores, en nuestro mundo existen aún, al igual que en nuestro espacio europeo, diferencias, desacuerdos que son más más evidentes en el clima actual. Es deber de todos nosotros, no sólo de los interesados y no sólo de los que fueron víctimas de injusticias violentas, decía: es deber de todos nosotros contribuir a esta legitimidad internacional para que después de Helsinki dé pasos adelantes y pueda aplicarse al último drama europeo que está en vigor desde hace 16 años.

Sólo así podremos ser creíbles a los ojos de nuestros pueblos y de la unión pública internacional que tiene derecho a juzgarnos.

¿Hasta cuándo, pregunto yo, Señoras y Señores, vamos a cerrar nuestros ojos ante el problema chipriota?

Sr. Mitsotakis

¿Hasta cuándo vamos a sustituir la audacia de la acción política por una solución fácil como es la de alejar de nuestras prioridades el problema de Chipre?

Si en el siglo XX todo parece posible, concentrémonos pues en la aplicación del derecho para restablecer así la legitimidad internacional con toda la voluntad, con toda la certeza de que tendremos éxito.

Señoras y Señores, la conclusión de nuestro trabajo será la firma de un texto que describe y define todo un mundo de hechos e ideas, el mundo europeo. Este mundo no queda limitado a una pura noción geográfica, porque más allá del océano incluye en sí a todo el continente norteamericano.

Aquí hablamos de una democracia y hablamos de los principios fundamentales, que surgieron en Helsinki y que van a salvaguardar la libertad de conciencia, de expresión de fe y de las opciones de los gobiernos así como de las formas de vida de nuestros pueblos.

Hablamos aquí de un Estado de derecho, que al mismo tiempo es padre e hijo de la democracia.

Tratamos de todo ello no porque queramos "cultivar lo bello y las cosas del espíritu", sino porque estamos convencidos de ello.

Sólo la aplicación integral de los textos y de nuestros discursos será la prueba tangible de todo ello.

No se trata aquí de ejercicios platónicos. Nuestra obra es la institucionalización.

Ha creado uno de los compromisos más nobles, es decir el que va más allá de las políticas: el compromiso moral.

¡Qué no haya más víctimas inútiles! ¡Qué ya no haya gritos de desesperación, de humillación causada por la injusticia! ¡Qué ya no haya ruido de cañones o de balas!

¡Qué la fuerza del derecho pueda triunfar en el futuro sobre la fuerza de la violencia!

Las responsabilidades que hemos asumido aquí son muy pesadas.

Las futuras generaciones nos juzgarán.

No tenemos derecho a ir contracorriente y decepcionarlos; tampoco tenemos derecho, permítame que lo diga, a traicionarlos.

Recientemente hemos podido constatar que por muy sólidas que sean las bases, las estatuas pueden quebrarse y caer fácilmente. Dejemos pues este camino y quedémonos donde la historia nos ha colocado.

Grecia ha declarado que cumplirá plenamente con su deber.

Grecia, esa Grecia que instauró la paz de los juegos olímpicos, el entendimiento de los anfictiones, este país que tengo el honor de representar aquí, está tendiendo a todos su mano de amistad.

Está en primera fila con respecto a lo que puede ser el entendimiento común y el acercamiento en su propia región.

Por lo tanto aquí ahora miro hacia Albania, que está observando nuestra unión sin participar y desea formar parte del abrazo europeo. Pero que, al mismo tiempo, no olvide que este abrazo es una democracia. Por lo tanto debe apresurar su ritmo de democratización.

También miro hacia nuestros otros vecinos. Les pido que correspondan a nuestra buena voluntad para servir la causa de nuestros intereses comunes.

Estamos firmemente convencidos de que los principios que todos compartimos y proclamamos pueden constituir la base para solucionar los problemas de nuestra región.

Sr. Mitsotakis

Señoras y Señores, el carácter histórico de este momento me lleva a pararme aquí. Pero antes de hacerlo, quisiera saludar a Alemania, a esa Alemania de un sólo corazón y de una sola capital, y con ella al triunfo de la voluntad de los pueblos.

Quiero expresar mi agradecimiento a todos aquellos que, independientemente de sus funciones nos han permitido estar aquí reunidos.

Quiero ante todo dar las gracias al Presidente de la República Francesa, a sus colaboradores, y finalmente a esta ciudad de París por toda su aportación.

Muchas gracias, Señor Presidente.